

LA AGRICULTURA «MEDITERRANEA» Y EL MERCADO DEL TRABAJO: ¿UNA CALIFORNIA PARA EUROPA?*

Jean-Pierre Berlan *

California es el primer productor de frutas y de hortalizas de los Estados Unidos. Todo o casi todo crece en ella: aguacates, dátiles, pistachos, agrios, ciruelas de Agen, cerezas, albaricoques o arándanos para las frutas. Todas las hortalizas, de las más comunes a las más exóticas: cada grupo étnico —chinos, japoneses, armenios, filipinos, italianos, turcos, portugueses, mejicanos, etc.— aportó con él sus gustos alimentarios, sus hortalizas preferidas y sus técnicas de cultivo. Una tecnología de punta esconde el reverso de la medalla, estos campamentos frecuentemente sórdidos de los obreros agrícolas migratorios, en su mayoría mejicanos, «wetbacks» (1) clandestinos que la policía persigue cuando se acerca el final de los trabajos o «braceros» (2) mejicanos-americanos. Por centenares de miles, los mejicanos pasan la frontera, legalmente o ilegalmente, para trabajar en los campos californianos. En California es donde la policía descubrió por casualidad lo que en 1972 fue el más importante asesinato colectivo cometido en los Estados Unidos. El culpable, un «contratista» (el «labor contractor» para los cultivadores y el «coyote» para los obreros) especializado en el suministro de mano de obra ocasional que reclutaba en el barrio «caliente» («skid-row») de Sacramento, jornaleros, mendigos, vagabundos, los «hoboes» para transportarlos a los campos donde trabajaban a destajo. Había asesinado a lo largo de los años

(*) Director de Investigaciones. Instituto Nacional de la Investigación Agronómica. Universidad de Aix-Marsella II.

(**) Este escrito está basado en el informe «La mano de obra estacional en agricultura» redactado a petición del Ministerio de Trabajo y de la Solidaridad Nacional, Diciembre 1984, y en curso de publicación bajo el título «Los Temporeros: ¿pasado o porvenir?»

(1) En Español: «Espaldas mojadas», porque estos obreros atraviesan el Río Grande valdeando o a nado.

(2) Obreros agrícolas de origen mejicano, en general temporeros.

— Agricultura y Sociedad n.º 42 (Enero-Marzo 1987)

unos veinte hombres y los había enterrado en un trozo de campo. Hecho perteneciente a la hoja de sucesos, ciertamente, pero revelador de las relaciones sociales que esconde el modernismo técnico de los grandes valles de California.

La continuidad histórica de estas relaciones sociales constituye su aspecto más llamativo: desde 1870, la agricultura californiana ha recurrido a una sucesión de grupos obreros agrícolas distintos: en primer lugar los chinos, a los que suceden los japoneses a finales del siglo XIX y principios del XX. Los hindúes adquieren importancia durante breve tiempo, antes de la primera guerra mundial. En los años 20 son seguidos por los mejicanos y los filipinos. Estos últimos impulsan el cultivo del algodón. Luego, en el transcurso de la Gran Depresión, los «Oakies» y los «Arkies», campesinos de Arkansas, de Oklahoma y de Tejas desarraigados por la sequía y el Dust Bowl (3) entran en masa en California para vendimiar «Las Uvas de la Ira». Después de empezar la segunda guerra mundial, esta mano de obra deja la agricultura por las industrias de armamento. Los gobiernos mejicano y estadounidense firman un acuerdo de importación de mano de obra, es el programa «bracero», oficialmente designado con el nombre de «Ley de Urgencia para el Trabajo Agrícola» (Emergency Farm Labor Act de 1941) derogada en 1964. Esta inmigración oficial arrastra en su estela una inmensa inmigración clandestina: a fines de los años 50, la policía de fronteras aprehende y expulsa cada año cerca de un millón de clandestinos que, al día siguiente, vuelven a pasar el Río Grande hacia Tejas, Arizona y California. Y ahora, la inmigración clandestina continúa incrementándose hasta el punto de que el gobierno americano trata de definir los rasgos de una nueva política (4).

En mayo de 1984 (5) encontramos dos cuadrillas de obreros que recolectaban cerezas a destajo: una de mejicanos, otra de vietnamitas. Trabajo en familia, niños incluido. A la pregunta: «¿Si surgiera un desacuerdo con el jefe de cuadrilla sobre, por ejemplo, la calidad del trabajo, qué pasaría?» Contestó: «Se van y mañana tengo, si es necesario, tres nuevas cuadrillas para hacer el trabajo». Mercado del trabajo superabundante, formalidades de reclutamiento reducidas a su más mínima expresión, administración, gestión y disciplina de los obreros confiadas al jefe de la cuadrilla o del grupo, despido inmediato, tarifa de trabajo a destajo unilateral e informalmente decidida por

(3) Literalmente, el «tazón de polvo». La sequía ha sido acompañada de vientos violentos que se han llevado la capa superficial del suelo. Esta catástrofe ecológica, causa inmediata de esta migración masiva hacia el Oeste tiene ella misma una causa más lejana, las relaciones cuasi feudales que ligaban estos aparceros a sus propietarios y les obligaban a poner en cultivo tierras que no hubieran tenido que serlo.

(4) D. Norton, del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos, (Mayo 1985, Aix-en-Provence) con ocasión de una misión de estudio sobre la política de inmigración en los distintos países europeos.

(5) Conferencia sobre el trabajo migratorio en agricultura, Universidad de California, Davis, visitas de terrenos.

los contratistas antes de la recolección, tales son las características de este mercado del trabajo tan moderno como la agricultura a la que sirve. No es nada sorprendente que agricultores de nuestro Suroeste hayan vuelto estu-
siasmados, hace unos años, por las facilidades que habían observado a raíz de un viaje de estudio (**).

Dos movimientos migratorios de mano de obra estacional recorren los Estados Unidos: el primero arranca de Méjico y se divide en dos ramas: la principal atraviesa California y sube hacia Oregón y Washington; la segunda de Río Grande hacia Tejas y Arizona, donde existen importantes centros de empleo agrícola (Cristal City en Arizona se vanagloria con ser la capital mundial de la espinaca), atraviesa las grandes llanuras sin apenas pararse desde que la remolacha azucarera del Colorado o de Utah ya no necesita masas de obreros para el entresacado o la recolección y va a morir en Michigan para la recolección de las cerezas de conserva (7). El segundo movimiento migratorio arranca en Florida, jardín de invierno de las grandes ciudades del Este de los Estados Unidos. Los obreros, a menudo jamaicanos, haitianos y generalmente caribeños, recogen las hortalizas, recolectan naranjas y pomelos. Y suben a lo largo de la Costa Atlántica, a medida que las cosechas van madurando. Para muchos de ellos, las condiciones son próximas a las de la esclavitud: el «labor contractor» los recluta adelantándoles dinero. Endeudados, no conseguirán reembolsar dicho dinero, pues el contratista suministra la comida, realquila a los obreros las viviendas sórdidas que él mismo ha alquilado a los granjeros, facilita el alcohol y percibe su comisión de los camiones de prostitución que pasan por los campamentos. Cada año, los periódicos más importantes de la Costa Este informan sobre casos de servidumbre de obreros agrícolas. Así, el *New York Times* del 19 de noviembre de 1981 titulaba en primera página: «La esclavitud de los migratorios persiste en las granjas de la Costa Este».

La cuestión de la «agricultura mediterránea» de Europa es, en nuestra opinión, la de qué modelo de desarrollo agrícola se va a seguir. O bien el mercado, los mecanismos económicos y las fuerzas sociales se desenvuelven «libremente» y esta agricultura evolucionará hacia un modelo californiano sinónimo de hecho de la regresión y tensiones sociales, o Europa deberá perseguir los objetivos que se había fijado: reducir las desigualdades de desarrollo entre regiones y entre países. De esta forma, el desarrollo de la agricultura del Sur seguirá otro camino.

Por desgracia, la cuestión no se ha planteado en estos términos. En Francia, los debates sobre la entrada de España y Portugal en el Mercado Común no han versado sobre las mano de obra más que para subrayar que era mucho más barata y que, por consiguiente, nuestros agricultores medite-

(6) Según M.

(7) Los cultivadores han vuelto a la recolección manual después de una mecanización total en los principios de los 70.

rráneos iban a sufrir un grave perjuicio. Pero la agricultura del Mediodía francés ¿no será, tan «mediterránea» en un sentido, que se tiende a olvidar fácilmente?, ¿no son sus obreros tunecinos, marroquíes, españoles, portugueses, incluso turcos y a veces egipcios,? ¿y no es cierto que los sistemas de producción que se desarrollan con éxito descansan sobre obreros migratorios extranjeros? Espárragos viña, en el Gard (con dos expediciones de españoles, una por primavera para la recolección de los espárragos, otra por el otoño para las vendimias); la fresa en el Lot-et-Garonne (con obreros españoles o portugueses), las hortalizas de Provenza con los obreros marroquíes y tunecinos; por no hablar del monocultivo de la viña del Languedoc que exigía, hace sólo unos años, cerca de 100.000 vendimiadores españoles.

En España, el desarrollo de los cultivos de verduras y de frutas se basa en la utilización de un subproletariado rural originario a menudo de Andalucía y más raramente de la zona de Valencia. Son tunecinos los que cosechan las aceitunas de Sicilia. Los obreros árabes suministran una parte de la mano de obra que necesita la agricultura israelí. Todos estos países de la cuenca mediterránea se hacen una competencia encarnizada para poder vender sus producciones en los ricos mercados de la Europa del Norte. Esta competencia se basa sobre la ventaja que aporta la posibilidad de utilizar la mano de obra menos cara y más precaria posible. ¿No es ésta la lógica del funcionamiento californiano?

Es esta cuestión de la política de mano de obra la que deseamos colocar en el centro de nuestro análisis de la agricultura «mediterránea». Estudiaremos: 1) los caracteres del mercado de trabajo que implican los cultivos mediterráneos; y 2) la división del trabajo que está en curso y sus consecuencias.

SECCION 1. LA MANO DE OBRA Y LOS CULTIVOS MEDITERRANEOS

Los cultivos intensivos, vid, frutas, verduras más bien que cereales, leche o carne parecen ser la «vocación» de los países de la cuenca mediterránea. El término intensivo se define con precisión ateniéndonos a dos criterios para desarrollar las consecuencias:

- a) Necesidades importantes de mano de obra por hectárea.
- b) Necesidades repartidas de forma muy desigual a lo largo del año.

Los costos de mano de obra representan, en los cultivos intensivos, una parte importante de los costos totales de producción, a menudo entre un tercio y la mitad. Por consiguiente, reducirlos es un objetivo prioritario para el cultivador. En cuanto al reparto desigual de las necesidades de mano de obra, éste acarrea enormes consecuencias para la organización de la producción y de la sociedad.

La recolección es en general la operación que requiere más trabajo, a menudo más del 50 % del tiempo anual concentrado en dos o tres semanas. Por ejemplo, la recolección de manzanas exige unas 400 horas de trabajo para un tiempo de trabajo anual de 600 horas. Las cerezas exigen 1.000 horas para su recolección, sobre un tiempo total de 1.100. Entre las verduras, los espárragos constituyen un caso extremo pero ejemplar ya que la recolección y el acondicionamiento exigen unas 950 horas de trabajo durante 4 a 6 semanas mientras que las operaciones de mantenimiento de la esparraguera exigen sólo una cincuentena de horas repartidas en el resto del año. El olivar exige una mano de obra importante en invierno para la cosecha pero pocos obreros para el resto del año.

Esta definición de los cultivos intensivos tiene en cuenta el estado de las técnicas. Todos los cultivos han sido «intensivos» en el sentido de nuestra definición. A principios del siglo XIX, la recolección del trigo con hoz exigía un centenar de horas de trabajo sobre un tiempo anual de trabajo de 140 horas (Historical Statistics, 1970). Antes de la difusión de la cosechadora McCormick patentada en 1834, las sociedades no tenían más remedio que organizarse para proporcionar esta mano de obra numerosa y móvil en el momento preciso en que los cereales, base misma de su supervivencia, se encontraban en su punto. Según esta definición, la viña, cuando se recolecta con máquina, ya no es un cultivo intensivo. Se asemeja a una planta de gran cultivo, como la remolacha. Lo que, deja entrever la profundidad de las transformaciones sociales que la máquina de vendimiar ha provocado en el Languedoc.

A partir del momento en que una región (o una explotación) se especializa en uno o varios cultivos intensivos, debe disponer de los recursos de mano de obra correspondientes: debe pues existir un mecanismo social totalmente seguro que permita suministrar a los cultivadores los obreros que necesiten. Ningún granjero puede tolerar correr el riesgo de que su cosecha se pudra, por falta de obreros. Además, la recolección impone severas exigencias suplementarias.

a) El volumen de la cosecha, se desconoce *a priori*, y depende del rendimiento. El período de su desarrollo y recolección depende de las condiciones climáticas y económicas. Ilustremos lo que acabamos de decir con tres ejemplos. En Provenza, en 1962, la recolección de las fresas empieza con 4 semanas de retraso en relación con un año normal. Varios centenares de obreros, de los cuales buena parte eran españoles, se encuentran en paro parcial o total esperando la maduración de las frutas. El 5 de agosto del 85, una tormenta de granizo destrozó frutales y hortalizas de la región de Château-Arnoux, en los Alpes-de-Haute-Provence. En poco tiempo no quedó nada por recolectar. En 1984, los precios de la cereza caen hasta el punto de que no vale la pena recogerla, en el Luberon y l'Ardèche. El carácter aleatorio de la cosecha, tanto en volumen como en el tiempo, es pues una dimensión fundamental del análisis.

b) Las necesidades de mano de obra aumentan generalmente menos que proporcionalmente al volumen de la cosecha. Para las fresas, por ejemplo, la productividad horaria de los recolectores, pasa de 5,2 Kg/hora, para un rendimiento (muy bajo) de 5,2 toneladas /Ha. a 7 kg/hora, para un rendimiento de 13 toneladas /Ha. y 10,2 Kg/hora, para un rendimiento de 26 toneladas. Entre 18 toneladas/Ha. y 26 toneladas, crece un 25 %. El umbral de rentabilidad del cultivo, gira alrededor de 16 toneladas/Ha. De ello resulta: a) que la cosecha exige muchos obreros durante un tiempo muy breve; b) que el trabajo realizado por estos obreros es aleatorio en volumen y en tiempo; y c) que su empleo y sus pagas son igualmente aleatorios.

c) La recolección es fundamental en es aspecto económico. El agricultor se ha comprometido en gastos considerables. En los fresales intensivos del Lot-et-Garonne, los gastos precedentes a la cosecha sobrepasan los 120.000 francos/Ha. Si por cualquier razón climática, económica o social, el agricultor pierde su cosecha, ha perdido no solamente un año de renta sino todo lo que había invertido

d) Los contratistas deben poder disponer de una cantidad de mano de obra tal, que la recolección se ejecute de modo satisfactorio en las peores condiciones económicas y climáticas (maduración acelerada de las frutas, por ejemplo). No se trata de correr en el último momento a la búsqueda de la mano de obra necesaria, que se tendría que pagar muy cara por estar muy demandada al mismo tiempo. No es, pues, cuestión de dejar que se desarrolle una penuria de mano de obra, ni incluso la amenaza de una penuria.

e) La única variable que el cultivador puede intentar controlar en el transcurso de la recolección es su duración. Cuanto más se reduce, menos riesgos corre, pero más importantes son sus necesidades instantáneas de mano de obra. Una cosecha en el granero o en cámara frigorífica, tiene siempre más valor que una cosecha en pie, porque se encuentra al abrigo de la intemperie (8) y porque una cosecha en cámara frigorífica se puede vender oportunamente si se presenta la ocasión: la mercancía está disponible. Una cosecha precoz permite disfrutar de precios elevados. Extenderla es una pérdida total. Tanto desde el punto de vista del volumen físico recolectado, como desde el de los ingresos probables, por consiguiente resulta más provechoso para un cultivador emplear un obrero suplementario la condición de que no le cueste nada.

f) Minimizar los riesgos de pérdida física, aprovechar las ventajas de precocidad y las ocasiones favorables, elevando el número de obreros em-

(8) Cuando las comunidades rurales y las sociedades estaban en el límite de la subsistencia, se debía cosechar en los plazos más cortos —una cuestión de vida o muerte— y todavía más importante resulta recolectar con rapidez. En 1984, hacía encuestas en el Maine et Loire mientras que se anunciaba la llegada del ciclón «Hortensia». La recolección de las manzanas estaba en su apogeo. Reinaba entonces como un frenesí. Los arboricultores a punto de terminar su recolección estaban evidentemente más tranquilos que los que tenían aún las frutas en el campo.

pleados, sólo es posible si se desconecta el costo de la cosecha del número de trabajadores empleados. Se tiene que conseguir un costo de mano de obra de recolección estrictamente proporcional al volumen cosechado. El trabajo «a destajo» alcanza este objetivo. Una remuneración por hora o por día con contratación y despido libres, se aproxima a la remuneración por unidad de producto o a destajo. Aumentando el número de obreros empleados y pagándolos por unidad de producto, el agricultor suscribe gratuitamente una póliza de seguro a todo riesgo. Es una de las razones de la persistencia e incluso del desarrollo del trabajo «unidad de producto» para los trabajos de recolección.

g) El pago por piezas permite además utilizar cualquier fuente de mano de obra sea cual sea su productividad, a condición de que el obrero sepa distinguir una fruta (o una hortaliza) madura de la que no lo es. Amplía casi hasta el infinito las posibilidades de reclutamiento, sin recargar los costos de vigilancia y de disciplina ya que el obrero está forzado a la autodisciplina. El pago por «unidad de producto» limita la intervención del contratista al control de la calidad y a llevar la contabilidad del número de cajas recogidas. En cambio, pagar por hora, implica que el contratista conozca a los obreros que emplea y que pueda asegurar su vigilancia y disciplina. Rompiendo los lazos personales con los obreros, el pago por piezas permite aligerar el tiempo de administración y de vigilancia en un momento en que todas las energías del agricultor están concentradas en la venta. El pago por este sistema y el carácter anónimo, fluctuante y heterogéneo de la mano de obra, quedan por consiguiente indisolublemente ligados.

h) El exceso estructural de mano de obra es una condición necesaria al funcionamiento del mercado de trabajo. Permite a los contratistas dictar sus condiciones y evitar que en caso de penuria relativa de mano de obra, el índice del salario por piezas suba demasiado. En ningún caso, los contratistas deben encontrarse en una situación que les obligue a pujar los unos sobre los otros, tentación constante en el caso de tensión en el mercado de trabajo, pues como ya lo hemos visto, el aumento del número de obreros empleados en una cosecha constituye siempre una ventaja para el cultivador. La oferta y la demanda de mano de obra no deben aproximarse hasta el punto en que esta espiral pudiera dispararse. De ello se desprende que, incluso en períodos en que existe gran necesidad de mano de obra, una parte de los temporeros se encuentra en paro. La contestación del productor de cerezas californiano citado en la introducción, debe ser entendida literalmente: por un obrero trabajando, quedan tres que buscan trabajo. Los ingresos medios de los obreros para la temporada son, pues, escasos.

i) En una zona especializada en uno o más cultivos intensivos, el medio rural es incapaz de suministrar las masas de temporeros necesarias porque el acondicionamiento, la expedición y la transformación abren a la mano de obra local, empleos más confortables, más cualificados, que la recogida o la cosecha. Los temporeros deben, pues, llegar de regiones o de países donde los

ingresos sean tan bajos que la perspectiva de ingresos monetarios limitados, de condiciones de empleo precarias y de condiciones de vida difíciles, no pueda destruir el atractivo de la oferta. Los temporeros son casi siempre una mano de obra que llega en aluvión y casi siempre extranjera. Este era el caso en el Norte de Francia con los belgas, bretones y polacos, que venían a entresacar la remolacha; era también el caso con los plantadores de arroz españoles; todavía es el caso de los vendimiadores españoles. En Provenza, se sucedieron desde la guerra los vivarois, bajados de sus montañas, los italianos, los españoles, los marroquíes y los tunecinos. La inmigración es necesaria en una región especializada en cultivos intensivos. La agricultura andaluza, largo tiempo caracterizada por los latifundios, el cultivo del olivo y un subproletariado miserable, es una de las grandes regiones de emigración de obreros, tanto para la agricultura como para la industria.

j) Una mano de obra inmigrada está para hacer horas. A diferencia de la mano de obra local, no rehuye el trabajo. Se muestra más flexible.

k) El obrero migratorio intenta obtener unos ingresos mínimos por temporada, aunque por ello deba contentarse con un salario inferior al mínimo legal. Para él se trata de vivir, de pagar sus gastos de viaje y de enviar dinero a su familia que quedó en casa para vivir más confortablemente que si él se hubiese quedado. El salario mínimo legal se transforma de hecho en salario máximo y es lo que se observa.

l) La inmigración clandestina desempeña un papel complementario de la inmigración oficial. En efecto, los agricultores piden a las autoridades administrativas que introduzcan un volumen de mano de obra que corresponda a sus necesidades objetivas mínimas en un año normal, ya que deben en principio respetar las obligaciones contractuales, en particular las que imponen pagar a los obreros (9). Este volumen de mano de obra es insuficiente, pues se trata de necesidades mínimas y que un año nunca es «normal». Se debe, además, disponer de una mano de obra que permita enfrentarse a imprevistos, es decir, disponible sin garantía de trabajo, una mano de obra inestable, precaria, sin derechos, contratada un día, despedida algunas horas más tarde; en definitiva, una mano de obra sin costos fijos. Los obreros inmigrantes temporeros legales tienen en principio (incluso si la práctica es muy diferente) una cierta estabilidad de empleo y ciertos derechos. Estos derechos y garantías vienen a limitar la fluidez del trabajo estacional. La inmigración clandestina aporta esta *superfluidez* indispensable. Constituye también un medio de presión sobre los inmigrados oficiales.

m) El reclutamiento individual de una masa importante de obreros y su gestión puede plantear problemas en un momento en que los agricultores no tienen más que una idea en mente, vender lo mejor posible. El carácter móvil, fluctuante, anónimo, desorganizado de los obreros migratorios hace difícil su

(9) No es a menudo el caso, pero la amenaza existe.

reclutamiento. Un intermediario se presta a este servicio. Es el interlocutor único del agricultor, sobre todo, si las explotaciones son grandes. Puede prestar este servicio de distintos modos: el contratista puede ser el jefe de una familia de gitanos, el jefe de cuadrilla de un grupo de españoles, o en otros lugares, como ya hemos visto, el «coyote» o el «gato», más próximo al mercado de esclavos que de la empresa interina inscrita en el registro mercantil. Según nuestro conocimiento, los «coyotes» y los «gatos» no han aportado aún a nuestra agricultura mediterránea esta «flexibilidad» que le faltaría, pero ciertas formas de organización del trabajo a destajo, particularmente para la recolección de los tomates de conserva en Camarga o el reclutamiento de los equipos de recolectores de manzanas españoles por intermediarios especializados, no se encuentran tan alejados. Las comunidades de emigrantes extranjeros clandestinos son de este modo estructuradas desde el interior para facilitar el servicio que se les pide.

n) No hay mecanismo de oferta y de demanda que permita determinar el índice del salario por piezas. O bien este índice es más elevado que el precio del mercado y la cosecha no tiene lugar o es más bajo y se lleva a cabo. Las curvas de costo y de ingresos marginales de la cosecha cuya intersección da el índice del salario por piezas en el caso de un mercado «normal» son paralelas, de donde surge esta indeterminación. El índice de salario por unidad de producto practicado en una región dada es fijado en relación con el salario por horas legal, dividido por un rendimiento medio horario, supuesto de un obrero. Es así cómo se origina cierto número de convenios colectivos, consistiendo todo el problema en establecer la norma de rendimiento.

En realidad, el índice así fijado no es nada imperativo: constituye un máximo, del mismo modo que el SMIC. (salario mínimo interprofesional), es un salario máximo para los obreros temporeros, cuando son pagados por horas. En un mercado de trabajo donde la oferta debe primero ser estructuralmente excedentaria para funcionar a satisfacción de los contratistas y, segundo, ser asumida por obreros extranjeros, cuyo objetivo es retirar una renta mínima independiente del tiempo trabajado, el SMIC. (o su equivalente por unidad de producto) es un límite superior. La verdadera variable reguladora, está constituida por la mano de obra precaria, bien sea clandestina o regular, pero desprovista de derechos. Es el caso de los obreros marroquíes y tunecinos con contrato introducidos bajo los auspicios del «Office National d'Immigration» (10). Los contratistas de las Bouches-du-Rhône lo han entendido perfectamente, pues dejan subir el SMIC. sin más protestas que las iniciales, pero se manifiestan en abril de 1984 con determinación (y desgraciadamente con éxito) en contra de las medidas de restricción de la inmigración de temporeros magrebíes.

(10) Basta que el contratista no renueve el contrato. Al ser los contratos nominativos en el 98 % de los casos, ya no le queda ninguna posibilidad al obrero para volver a Francia.

En resumen, el mercado de trabajo ideal para los cultivos intensivos es el que libera al contratista de cualquier obligación. El mercado del trabajo es tanto más perfecto cuanto funciona por así decir a distancia: una llamada telefónica y todo listo. Los costos de reclutamiento, de administración y de disciplina, estos últimos rasgos de fijeza de los costos de mano de obra, desaparecen. *Superfluidez* del empleo y anonimato van unidos.

La tendencia «natural» de la agricultura intensiva es la de utilizar, incluso crear un mercado de trabajo específico, aislado del resto, funcionando según sus reglas propias para facilitar una mano de obra tan precaria y tan fluida como sea posible. En el fondo, a imagen de los Estados Unidos, dejarlo sin control, conduce a fomentar en Europa el desarrollo de corrientes migratorias que permitan a la agricultura mediterránea proseguir su desarrollo desigual. Es, de hecho, la política que se ha puesto en funcionamiento incluso si la subida del paro en Europa, contribuye en la actualidad a hacer menos necesarias, estas corrientes migratorias.

SECCION 2. DIVISION INTERNACIONAL DEL TRABAJO Y DESARROLLO DE LA AGRICULTURA

Desde hace unos quince años, la «agricultura mediterránea» de Francia y de Europa ha entrado, a nuestro parecer, en una fase de transformación histórica cuyas manifestaciones empiezan a hacerse evidentes. Esta agricultura está evolucionando hacia un modelo mejicano o californiano, caracterizado por el recurso, sistemático, a una mano de obra precaria, migratoria e intermitente y por una estrecha especialización de las regiones y de las explotaciones. En Francia, los sistemas de producción que se desarrollan rápidamente, son sencillos y utilizan equipos de obreros extranjeros emigrantes, como hemos visto. El mercado del trabajo está caracterizado por una demanda fragmentaria, desmenuzada e intermitente. La horticultura, así como la arboricultura, tradicionales tal como se encuentran en el Comtat, con sistemas complejos de cultivo mezclando horticultura, invernaderos, viñas, frutales, con el fin de repartir las necesidades de mano de obra, ven erosionar su renta de calidad y de precocidad, sufriendo una crisis larvada que atestigüa por ejemplo el envejecimiento de los jefes de explotación.

En el Norte se encuentran los mercados ricos, exigentes y controlados por los circuitos de distribución y de transformación centralizados que dictan sus leyes; en el Sur, una mano de obra superabundante que tiene que elegir entre el paro o la emigración. En Andalucía, la tasa de paro sobrepasa el 30 % de la población activa: hay grandes latifundios y su contrapartida, una masa de campesinos sin tierras que se alquilan como «jornaleros», para la recolección de la aceituna y trabajos agrícolas y que emigran en busca de trabajo a otras

regiones. Todo está colaborando para hacer de Andalucía la California de Europa.

La agricultura europea se organiza según un esquema sin sorpresas: los agricultores del Norte, estos poderosos liberales, han obtenido protección para sus productos agrícolas, como cereales, azúcar y en cierta medida la leche. Mientras que los del Sur, desde Israel hasta España, se hacen una competencia salvaje en las producciones intensivas, basadas en un subproletariado rural superexplotado.

La división internacional del trabajo que se implanta en Europa descansa actualmente, en el acceso a mano de obra lo más barata posible, tanto como en unas condiciones naturales favorables. En el Mediodía de Francia, las organizaciones de cultivadores se equivocan recogiendo implícita y explícitamente esta reivindicación por su cuenta, reclamando la prórroga a 8 meses de la duración del contrato, por ejemplo, y la continuación de la política de introducción de obreros «estacionales», a pesar de un paro masivo que alcanza incluso a los obreros agrícolas «regularizados» o «fijos». El agricultor, al no controlar el precio de sus compras, ni el de las ventas, queda ligado a la única posibilidad que le permite el sistema: recuperarse a costa de la mano de obra.

¿Se beneficia de la renta «social» que procura ese tipo de mercado de trabajo, o no es algo más que el perceptor de esta renta por cuenta ajena? ¿Y quién es el otro? A corto plazo, sin duda, esta renta es parcialmente recuperable y puede permitir a algunos salir individualmente del paso, disminuyendo el costo de la partida de mano de obra. Pero no beneficia por mucho tiempo al agricultor. Al final los precios de los productos agrícolas se alinean sobre los costos de producción más bajos, es decir sobre los de los productores cuyos costos de mano de obra sean los más bajos. En definitiva, la renta social que resulta de un mercado de trabajo tan ventajoso, está acaparada por las redes comerciales o la transformación y en el marco de la división del trabajo que se implanta en Europa, se escapa a los agricultores y a las regiones que producen las frutas y las hortalizas. La especialización internacional, lejos de ser un medio de desarrollo económico y social de las regiones mediterráneas, las conforta en su papel de reserva de mano de obra precaria, mal pagada, de paro endémico, en resumen de zona económica dominada.

Las «facilidades» del mercado del trabajo tienden una trampa a los pequeños cultivadores y a los jóvenes agricultores, a todos los que trabajan con su familia, codo a codo con sus obreros. Aprovechándose de estas facilidades, estos cultivadores se ponen la soga al cuello y aprietan un poco más el nudo que los estrangula: sus condiciones de vida, de trabajo y de renta tienden al final a alinearse con las de los obreros que emplean o de los que emplean los cultivadores menos escrupulosos. Preparan ellos mismos su eliminación.

En cuanto a los obreros, sus condiciones de vida, de trabajo y de remun-

neración tienden por contagio a alinearse con las de los obreros más desfavorecidos. Los obreros que se benefician de una paga normal, de un salario de acuerdo con su cualificación, de una cobertura social correcta dejan de ser competitivos; o acaban en el paro, o se orientan hacia otras profesiones, o, para conservar su empleo, aceptan el empeoramiento de su situación.

Tal esquema condena la agricultura del Mediodía de Francia a una evolución rápida, implicando una especialización de las explotaciones, en función de las condiciones naturales y de los mercados, el recurso sistemático a una mano de obra migratoria y el sacrificio de los agricultores familiares. La agricultura española (o italiana) debe, en nombre de las ventajas comparativas, sacar provecho de su renta de precocidad y sobre todo del subempleo considerable que reina en el sur de España, para aprovisionar Europa de frutas y hortalizas. Dejando al Norte que sustituya a su suministrador americano de cereales, incluso de oleaginosas. Esquema lógico y a lo mejor beneficioso para España, si no se implicara en el marco del «dejar hacer» liberal, es el especial mercado del trabajo que hemos descrito, es decir, una forma de subdesarrollo.

¿Qué debería hacerse para que esta división del trabajo se convierta, de conformidad con el objetivo del Mercado Común, en medio de desarrollo económico y social y no en causa de una degradación relativa, de las condiciones de vida y de trabajo, tanto de los obreros como de los cultivadores y en una polarización social más acentuada? Esta es la cuestión planteada por la ampliación del mercado común. No es limitando los debates a un regateo sobre los productos, cómo se comenzará a vislumbrar un principio de solución al problema.

A corto plazo, el sistema funciona y funciona bien. Pero, como en la novela de Artur Train, donde la mano injertada estrangulaba al que la había recibido porque continuaba obedeciendo al donante, la mano invisible del mercado (común) está en la garganta del agricultor del Sur. A cada espasmo para liberarse de la opresión, recuperándose a costa de la mano de obra, no hace más que afianzar la presa.

RESUMEN

Las producciones de frutas, hortalizas y vino, características de la agricultura «mediterránea» de Europa, requieren un mercado de trabajo estacional cuyo modelo más activo es el de California, que recurre a la mano de obra mejicana migrante. Para los empresarios agrícolas, el mercado de trabajo ideal sería aquél que funcionase sin ningún coste fijo, de forma que en la recolección, por ejemplo, los obreros fueran contratados o despedidos en función de las necesidades.

Lamentablemente, esta dimensión del problema agrario ha sido constantemente ignorada y la evolución en curso hacia un modelo californiano promete a las regiones del sur un desarrollo que acentuará las desigualdades económicas y sociales dentro de ellas y entre unas y otras regiones europeas.

RÉSUMÉ

Les productions de fruits, de légumes et de vin, caractéristiques de l'agriculture «méditerranéenne» de l'Europe exigent un marché du travail saisonnier particulier dont le modèle le plus active est celui de la Californie qui recourt à une main-d'œuvre mexicaine migrante. Pour les exploitants, le marché du travail idéal fonctionnerait sans aucun coût fixe, les ouvriers étant, pour la récolte par exemple, embauchés ou débauchés, selon les besoins.

Malheureusement, cette dimension du problème agricole méditerranéenne à été constamment négligée, et l'évolution en cours vers un modèle Californien promet aux régions du Sud un développement qui accentuera les inégalités économiques et sociales à l'intérieur des régions et entre régions européennes.

SUMMARY

Fruit, vegetable and wine production characterizing Europe's «Mediterranean» agriculture require a seasonal labor market, the most active model of which is that of California, which resorts to migrant Mexican manpower. For farmers, the ideal labor market would be that functioning without a fixed cost, in such a way that at harvest, for example, workers would be hired or dismissed in terms of need.

Unfortunately, this aspect of the agricultural problem has constantly been ignored and the current trend toward a California type model promises the southern regions a development that will accentuate the economic and social inequalities in and between European regions